



LIII

Con todo; eso, había entre el personal femenino del Circo una amazona que parecía mirar á Nelo con amoroso afán.

Era una americana de los Estados Unidos, la primera hembra que se había atrevido al salto mortal sobre un caballo, criatura famosa cuya celebridad en el Nuevo Mundo le valió casarse con un *gold digger* que tuvo la suerte de encontrar una pepita histórica, un pedrusco de oro, grueso

como el tronco de un árbol. Rabiando con la forzosa holganza, la respetabilidad y el empaque de su opulenta boda, no bien perdió á su marido tras dos años de matrimonio, dedicóse á recorrer los Circos de Londres, París, Viena, Berlín, San Petersburgo, que dejaba apenas se encontraba á disgusto, importándola un bleo pagar daños y perjuicios.

Muchas veces millonaria, la enérgica y extraña criatura adolecía de caprichos semejantes al de aquella meretriz que, antojándosele de pronto andar en trineo siendo verano, mandó enarenar con azúcar molido las calles de un parque: antojos cuyo despotismo revela un poquillo de sinrazón, demencia, insensatez, y, en cierto modo, la ambición de crear imposibles y cosas sobrehumanas, vedadas por Dios y la naturaleza—todo ello realizado con la brutalidad voluntariosa de la raza yankee, dueña y depositaria del dinero. Verbigracia: al llegar á Europa, y en un palacete comprado en Venecia, la amazona quiso tener en su alcoba una *máquina de hacer tormentas*; y el mecanismo de esta tempestad á domicilio, con su rueda de hélice que giraba en el agua,

con su registro mayor y menor del ciclón y del huracán, con la adaptación de luz eléctrica, y todo lo demás que—al menos en la cuenta que le pasaron—imitaba el mugir de las olas, el estrépito del trueno, el viento desencadenado, el silbo fustigador de la lluvia, y el sulfuroso culebreo del relámpago, le costó la friolera de trescientas mil pesetas.

Bien pronto se cansó la Tompkins de los cuidados anexos á regir una casa montada en grande, y de la soledad de un edificio enorme, donde vivía sin compañía de ninguna especie; y ahora que se encontraba en París, habiendo depositado en el Guardamuebles su máquina de hacer tormentas, alojóse en un cuarto del Gran Hotel, pagando también el de abajo y el de encima, para que le permitiesen colgar del techo un trapecio, donde la camarera solía sorprenderla por las mañanas columpiándose desnuda y fumando cigarrillos.

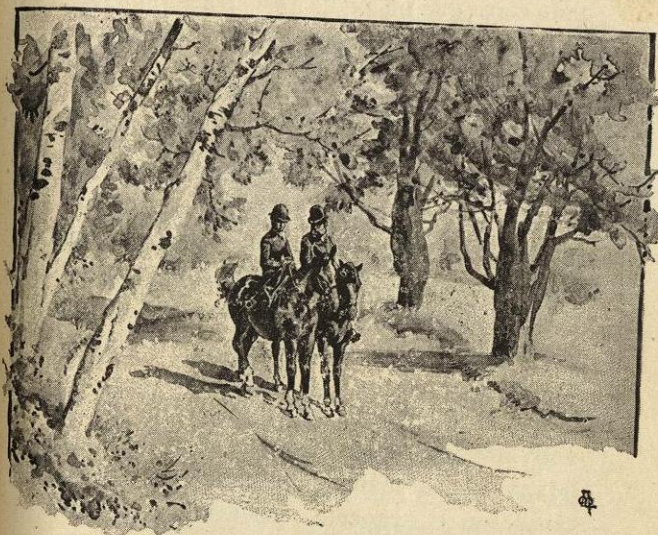
Por lo demás, y aparte de sus ruinosos y secretos caprichos, la vida de la Tompkins parecía de lo más sencillo y metódico. Comía en la mesa redonda del hotel ó en algún restaurador de segundo orden próximo

al Circo. Usaba siempre la misma clase de sombrero, un fieltro á lo Rubens, y solía vestir ropas de lana cortadas en forma de traje de montar; no pensaba en trapos como las parisienses, y ni lucía vestidos creados por el gran modisto, ni encajes, ni joyas. Poseía, sin embargo, brillantes; un par de aretes no más, pero tamaños como tapones de botella; y cuando las personas que no los creían falsos le decían que ya le habrían costado buen dinero, respondía, como al descuido:

—¡Oh, yes! ¡Mi llevar en las orejas 111 pesetas diarias de renta!

Con nadie se trataba, ni siquiera con sus compatriotas, y no gastaba conversación ni aun con las gentes del Circo; jamás asistía á bailes de actrices ni á ninguna cena en el café Inglés; siempre andaba sola, desdeñando el apoyo de un brazo masculino. Únicamente por las mañanas, cuando iba muy temprano á caballo al Bosque, la acompañaba el duque Olao. Este arrogante mozo, conocido en todo París, príncipe, representante de una excelsa familia del Norte, y entroncado con las reinantes por su parentela de reinas y emperatrices, era un tipo

original de magnate, enamorado de los caballos, y que llegó á tener en su casa un circo, donde obligaba á su esposa, hijos y servidumbre á hacer ejercicios de volteo —



verdad es que, si escudriñamos el árbol genealógico del príncipe, toparemos con una abuela amazona de circo.—Inspiraba al Duque la Tompkins un sentimiento complejo y dulce, en que se mezclaban y es-

timulaban recíprocamente la adoración por la mujer y la pasión por los caballos. Pero tenía que conformarse con el papel de escudero á la jineta y agente de negocios, si á mano viene, pues la Tompkins le había cantado claro que no podía resistirle sino á caballo, que de otro modo era *estiúpido*, y que á ella le gustaba vivir sola, sola con sus pensamientos y su esplín.

De suerte que el paseo matutino era el único lazo que existía entre el Duque y la estrafalaria amazona. Y los gacetilleros y biógrafos de la prensa, que investigaran el pasado de la Tompkins en Europa y América, no pudieron descubrir ni rastro de un escándalo, de una pasión, ó siquiera de un devaneo.

Era la Tompkins personificación de la actividad muscular desatada. Por las mañanas — pues madrugaba mucho — ejercitábase en el trapecio, esperando á que el conserje del Hotel abriese la puerta; luego montaba á caballo como un par de horas, y de allí iba al ensayo (los ensayos de saltos en pelo eran siempre antes del medio día). De vuelta al Hotel, después de almorzar, fumaba cigarrillos, agarrándose á cada ins-

tante á la barra del trapecio, que no dejaba parar nunca. En seguida cabalgaba de nuevo y correteaba por los alrededores de París, saltando cuantos obstáculos encontrase. Y de noche, era curioso observar, en un cuerpo tan trabajado todo el día, el vigor, elasticidad y febril trepidación que lo animaban, y la furia intrépida con que la incansable mujer se lanzaba al riesgo de los más difíciles ejercicios, exhalando chillidos guturales, cuyas vocales roncadas remedaban exclamaciones en dialecto de indios bravos.

Una cláusula de su contrata en el Circo estipulaba que sus ejercicios, que se verificaban un día sí y otro no, habían de colocarse siempre al final de la primera parte; de modo, decía ella, que pudiese acostarse á las diez y media todas las las noches.

Cuando no estaba contratada, y los días en que no trabajaba, una berlina de alquiler aguardaba á la amazona á la puerta del Gran Hotel, á la hora de terminarse la comida, y la llevaba á cierta calle de los Campos Elíseos, frente á una vasta construcción, cubierta de vidrios, y en cuyo frontón se leía en letras medio borradas por la lluvia: *Picadero de Hauchecorne*. Al rodar el

coche por la esquina de la calle, abriase una puertecilla en la desmantelada fachada, y un hombre introducía á la Tompkins apenas sentaba el pie en el suelo. Penetraba ella en el picadero oscuro, vacío y silencioso, donde sólo se entreparecían las siluetas de dos ó tres individuos, provistos de linternas sordas é inclinados sobre tiestos de roja tierra. En el centro del picadero veíase extendido un tapiz oriental, legítimo, un trozo de terciopelo raso, que mostraba, como sobre reverberaciones de escarcha, flores y caracteres persas del siglo XVI, tejidos en la clara suavidad de tres matices solamente: plata, oro verdoso y lapislázuli. A un lado se erguía un rimero de bordados almohadones. Tendíase la norteamericana sobre el tapiz, deshacía la pirámide de cojines, los atraía y situaba bajo su cuerpo, sosteniendo espalda y brazos, y buscando lenta, casi voluptuosamente, una perezosa postura, reclinada en muelles puntales. En seguida la Tompkins encendía un cigarrillo.

Como si el punto ígneo que entre la oscuridad aparecía en sus labios fuese una señal, luces de bengala se alzaban de todos los tiestos y alumbraban un recinto tapiza-

do de los más bellos cachemiras de Indias; invisibles surtidores perfumados difundían en el aire un polvillo líquido, irisado con el azulado y rojizo tono de las luces, y entraban dos palafreneros, llevando del diestro, el primero un caballo negro, en cuyos jaeces brillaban menudos rubies, y el otro un caballo blanco, cuyos jaeces constelaban chispas de esmeralda.

El caballo negro, llamado *Erebo*, tenía la piel bruñida y sombría como un mármol sepulcral, y sus fosas nasales espiraban fuego; el caballo blanco, llamado *Nieve*, parecía una ola de flotante seda, entre la que asomaban unos ojos húmedos. Los dos mozos de cuadra llevaban del diestro á los caballos, pasándolos y repasándolos por delante de la amazona, á quien sus cascos rozaban casi.

Inmóvil, aspirando distraídamente chupadas de tabaco, en el picadero que la gente creía público y era de la amazona, contemplando los caballos que jamás montaba en la calle y que paseaba mientras París dormía, en medio de la fiesta que se daba á sí propia no más, saboreaba la Tompkins el goce regiamente egoísta, el solitario pla-

cer de poseer en secreto objetos hermosos y únicos, desconocidos para el resto del orbe. Pasaban los caballos del paso al trote,



del trote al galope, y los palafreneros los hacían caracolear, y rielaban los brillantes reflejos de su piel, el liso raso de sus ancas, las esmeraldas y rubíes de sus arreos, entre los arabescos de los cachemiras, las

luces de los fuegos artificiales, las irisaciones de la imperceptible lluvia coloreada. De cuando en cuando la Tompkins llamaba á sí á *Erebo* ó *Niece*, y sin moverse, alzando la cabeza, tendía al animal con los dientes un terrón de azúcar, y le besaba el hocico. Y seguía admirando, sin dejar de fumar, la braveza y el ardor de los indómitos brutos, alumbrados por luz fantástica.

En un momento dado se levantaba y tiraba la colilla del último papelito.

Al punto se extinguían los fuegos de bengala, se paraban los surtidores, se oscurecían los chales indianos, y la sala resplandeciente tornaba á su primitivo ser de miserable *Picadero de Hauchecorne*.

Un cuarto de hora después, la mujer de los aretes de ochocientas mil pesetas, la dueña de *Erebo* y *Niece*, pedía al conserje del Hotel la llave de su cuarto, y se acostaba sin doncella que la ayudase á desnudar.

Al día siguiente reanudaba su modesta vida, y sólo cuando los periódicos trompetaban la venta de un cuadro ó mueble artístico inmensamente caro, fuese malo ó bueno, mediano ó magnífico, tomaba un simón, sacaba de la cartera la cantidad exi-

gida, y se llevaba el cuadro ó el mueble en la plataforma del cochecillo, sin decir su nombre. Y en su cuarto, que no tenía más muebles que la cama, la mesa de noche y el trapecio, trepaban por la pared, herméticamente clavadas y sobrepuestas, cajas de madera sin pintar que contenían las adquisiciones de la amazona, muy empaquetadas y á quienes su dueña no otorgaba una mirada nunca.

Aún tenía otros gastos la Tompkins, propios suyos. No bien se producía en cualquier punto de Europa un cataclismo de la Naturaleza, ó se preparaba el espectáculo de una tragedia humana, metíase en el tren, andaba y desandaba cientos de leguas, dejaba á Paris con objeto de presenciar una erupción del Etna, así como había atravesado y vuelto á atravesar varias veces toda Europa, cuando moraba en San Petersburgo, á fin de gozar, durante una hora ó un segundo solamente, la atroz sensación de una riña á puñadas en Londres ó una ejecución en la plaza de la Roquette.

Pero si el derrochar todo el dinero imaginable importaba poco á la norteamericana con tal de satisfacer un capricho, aún le im-

portaba menos tratándose de librarse de la contrariedad más leve, del menor estorbo, de un hilo que se cruzase en el camino de sus deseos, aficiones y manías. En el primer impulso de su exasperación contra el individuo ú objeto que la contrariaba, importunaba ó desagradaba, instintivamente, y en cualquier coyuntura, acostumbraba pronunciar una frase altanera, muy propia de su tierra, frase donde se revelaba toda la insolencia del vil metal: «Mi comprarlo» decía, hablando como los negritos, pues se desdeñaba de expresarse correctamente en lengua francesa. Para este género de gastos en que no suelen despilfarrarse las gentes ricas, mostrábase la Tompkins real y verdaderamente excéntrica: tenía larguezas y generosidades singulares, adquisiciones raras é incomprensibles. Sin ser música, compraba la Tompkins muy caro un piano, cuyo anuncio, al aparecer diariamente en *El Entreacto*, le atacaba los nervios; subvencionaba asimismo, á precio exorbitante, la demolición de cierto kiosco que hacía un efecto *disgracious* en el jardín del establecimiento balneario adonde solía concurrir; por último, obtenía, — mediante

vos contribuísteis con un billete de mil francos al dueño del restaurador más próximo al Circo, — que despidiese á un dependiente el cual, según la derrochadora, tenía el defecto de parecerse ¡vaya usted á saber en qué rasgos! «á un vendedor de barómetros».

Pero la anécdota que mejor da idea de lo dispuesta que estaba la Tompkins á pagar caro el librarse de la más mínima contrariedad y estorbo en sus hábitos y gustos, es lo que acababa de sucederle con el director del Circo. Habiendo un acomodador notado olor á tabaco en el pasillo, empujó la puerta del cuarto de la Tompkins; y como viese á la amazona fumando tendida en el suelo, le dijo, asaz descortésmente, que estaba prohibido fumar y que apagase inmediatamente el cigarrillo.

—Aoh! —pronunció la Tompkins, que continuó fumando sin responder más.

En vista de lo cual fué avisado el Director-gerente, que allí se encontraba, y subiendo al cuarto, con toda la amabilidad debida á una artista de *great attraction* que proporcionaba á la Empresa tantos llenos, la explicó en afectuosas frases que en el edificio había mucha madera, muchas ma-

terias inflamables, y un cigarrillo podía ocasionar incalculables pérdidas.

—¿Cuánto dinero las pérdidas de todo, señor? —preguntó, interrumpiéndole, la amazona.

—Señora, en caso de incendio, el Circo está asegurado por unos cuantos cientos de miles de pesetas.

—*Very well, very well...* Haber en Paris, yo creo, una Caja del Depósito y...

—De Depósitos y Consignaciones querrá usted decir, señora.

—*Oh, yes*, eso mismo... y el dinero de las pérdidas de todo... estar mañana en la Caja del... de los... que usted decir... Usted tranquilo... mi seguir fumando... Páselo bien, señor.

¡Tenía la Tompkins un cuerpo admirable! Alta y esbelta, de formas gallardas, de líneas prolongadas, pero mórbidas, eran sus carnes apretadas y firmes; su seno breve y turgente, de intacta doncella, nacía muy arriba; al mover sus redondos brazos se le formaban en los omoplatos juguetones hoyuelos, que embellecían los hombros; sus manos y pies, un tanto grandes, terminaban con las gentiles arborescencias de las

estatuas de Dafne convertidas en laurel. Y en este cuerpo soberano giraba impetuosa la sangre, y ascendía y descendía una vitalidad ardiente, la jubilosa salud de una nueva generación; salud que, cuando la Tompkins saltaba desde el caballo á tierra bañada en sudor, derramaba en torno suyo un sano olor de centeno y pan caliente.

Se unía á este cuerpo, por una garganta altiva, la cabeza de correctas facciones, con naricilla recta y corta, labio superior que, al sonreír, se le aproximaba mucho; pero cabeza á la cual la cabellera de un rojo encendido, los ojos grises que resplandecían como el acero, las duras claridades de la trasparente tez—claridades semejantes á las que cruzan por la faz de las irritadas leonas,—daban un aspecto de fiera hermosísima.

Las ojeadas que lanzaba la Tompkins al payaso no revelaban ni coquetería ni ternura; posábanse en él casi con dureza, escrutando su perfección anatómica con algo de la lucidez mercantil que tiene el mirar de un eunuco negro al feriar esclavos en el mercado. Mas no importa: el caso es que la pupila de la Tompkins no se desviaba de

Nelo mientras éste se hallaba en el Circo; fijábase constantemente en el mancebo, que sin poder explicar la causa, experimentaba hacia la norteamericana instintiva antipatía, y rehuía sus miradas, andando sobre las palmas de las manos, y dando á su adoradora, con las piernas vueltas sobre la cabeza, acrobáticos palmos de narices.





LIV

Una mañana, bajo el enverjado del pabellón de música, al acabar de comer los dos hermanos, Juan dijo á Nelo, mientras cargaba su pipa con beatífica lentitud:

—Hemos acertado con ello, hermanillo... y de esta vez está cogido y no se escapa.

—¿El qué?

—Nuestra habilidad... ¡Ya sabes!

—¡Diantre! ¡Pues apenas será entretenida la cosa!... Y si no, confésalo francamente. ¿A que la comodidad del busilis se puede dar por dos cuartos?

—Ea, no te me insubordinates ya... Y á propósito: sabrás que alquilo el desván del rejista.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Acababa el rejista de heredar una casita y unas tierras en su provincia, y partiera hacia cosa de tres ó cuatro semanas, encargando á Juan que, si aparecía comprador, le vendiese el pabelloncito.

—¿Y para qué necesitamos su desván?

—Te diré... Es que para mi negocio, el taller del carpintero es muy bajo... de manera que haremos levantar el techo, y así dispondremos del edificio hasta las tejas.

—Pero, hombre... ¿por casualidad has resuelto que yo salte á pies juntillas sobre la torre de Santiago?

—No... sólo se trata de saltar á lo alto cosa de unos catorce pies.

—A lo alto y perpendicularmente, como si lo viera... ¡Eso no se ha saltado desde que el mundo es mundo!

—Razón tendrás; pero ahí está el toque... Y ha de ser con un trampolín.

—¡Vaya, cosas tuyas!... No le dejas á uno vivir en paz un instante.

—Nelo, por Dios y sus santos... Lo tomaremos con calma; no es puñalada de pica-ro... y, con buena voluntad, á todo se llega... ¿No te acuerdas de que papá anunció que llegarías á saltar?...

—En resumen, ¿te contentarás con eso? ¿Podrá uno después descansar tranquilo? ¿No se te meterá en la sesera, cada día, una diablura nueva y recién salidita del horno?

—¿Cuánto te parece á ti, hermanillo, que podemos saltar en el momento presente?

—¡Nueve ó diez pies... y gracias!

—Sí; cuatro pies hay que ganar.

—¿Te dignarás decirme de qué se trata?

—Ya te lo diré, cuando consigas pasar de los trece pies; porque si no los saltas, mi habilidad fracasó; y si te explicase ahora el intringulis, te parecería tan difícil, que... te conozco, ibas á desesperar del resultado para siempre jamás.

—¡Bueno! ¡Magnífico! No te conformas con el saltito á secas, y aún quieres bordarlo, de seguro, con equilibrios y vértigos de violín... y el diablo y su madre... y tal vez huesecitos rotos...

De pronto, en mitad de su lamentación, Nelo vió que el rostro de Juan se nublabá y entristecía, y se interrumpió diciendo:

—¡Tonto, si yo haré cuanto se te antoje...! ¡Como si no estuvieses harto de saberlo! Pero, al menos, déjame gimotear un poquito... Así me voy animando.